
Liberalismo y Socialismo

*José F. Fernández Santillán
Premio INAP 1979*

Comúnmente se reconoce que el liberalismo y el socialismo provienen de tradiciones culturales y políticas divergentes. Más aún, no sólo divergentes sino antagonistas entre sí, como si hubiesen sido concebidos para ocupar polos opuestos en el panorama político. Veamos: uno tiene sus raíces en el individualismo, otro en el organicismo; el primero defiende la propiedad privada, el segundo la propiedad colectiva; aquél resalta la competencia, éste la cooperación. El liberalismo, sobre todo el económico (también conocido como *liberismo*), resalta la ausencia de restricciones y la libertad de mercado; el socialismo, en especial su versión más difundida, el marxismo, destaca la planificación y el trabajo colectivo; el primero es considerado como la ideología de la burguesía, el segundo como la doctrina del proletariado.

La oposición entre ellos se configuró como un conflicto entre opciones aparentemente irreconciliables. No se puede negar que los partidos liberales y los partidos socialistas, en la mayoría de los casos, fueron antagonicos. La historia de los siglos XIX y XX está plagada de choques entre ellos, en el terreno de

las ideas como en el de la práctica. Se trataba de descalificar las sugerencias del contrario para resaltar las propias. Así, entre los socialistas las tesis liberales fueron tomadas como un engaño que trataba de esconder la realidad de la explotación de la gran masa de trabajadores y, consecuentemente, el dominio de unos cuantos, bajo el velo de la libre competencia y la defensa de la propiedad privada. Marx y Engels, por ejemplo, calificaron esas tesis como simples "bravatas".¹ Luego entonces, lo que se planteaba era la cooperación social y la propiedad colectiva. En correspondencia, entre los liberales las propuestas socialistas fueron asumidas como una argucia que tras la promesa de una sociedad mejor, ocultaba la intención de ahogar la individualidad en pos de una supuesta igualdad. Mas esa igualdad, según Tocqueville, se quería "en la molestia y la servidumbre."² Por tanto, lo que se deseaba era la garantía de los derechos civiles y la expansión de la libertad económica.

Desde un inicio los socialistas se lanzaron contra un sistema injusto basado en la competencia. De allí que se empeñaran en la búsqueda de la igualdad social.

Por su parte, los liberales previeron y se opusieron a la carencia de alternativas que de manera inevitable traería consigo la tiranía animada por el igualitarismo. Por ello se comprometieron a alcanzar la más amplia libertad personal.

Ahora bien, aunque la distancia entre el liberalismo y el socialismo, por lo dicho hasta aquí, salta a la vista, en un análisis más particularizado debemos tomar en consideración que dentro de cada uno existen diferentes versiones: no hay un solo liberalismo ni un único socialismo, sino varios. Ciertamente esa separación se aprecia con más claridad al confrontar interpretaciones radicales: de una parte, el socialismo revolucionario encarnado en el marxismo y de otra, el liberalismo conservador representado por el *liberismo*. No obstante, la lucha política e ideológica en muchas ocasiones no sólo se presentó entre bandos opuestos, sino también dentro de un mismo bando. En el socialismo, por ejemplo, hubo un litigio por no dejar fuera asuntos como la libertad y el derecho de propiedad. De manera semejante, en el liberalismo hubo una discusión por no hacer a un lado los problemas sociales. En tal virtud y frente a las vertientes que aparecieron, brotaron al mismo tiempo cierto tipo de socialismos que ya no fueron indiferentes a las propuestas liberales, y cierta gama de liberalismos que dejaron de ser

insensibles a los reclamos socialistas. De tal forma germinaron algunos híbridos: el socialismo liberal, el liberalismo socialista -donde los sustantivos y los adjetivos son importantes para señalar las procedencias y prioridades- y el liberalsocialismo -como un intento de síntesis-. Se entiende fácilmente que esos intentos de combinación fuesen sometidos a crítica por las líneas ortodoxas de uno y otro lado.

Es cierto que, aun cuando surgieron estas mezclas que vinieron a enriquecer el marco de referencia de las doctrinas políticas y sociales, la hegemonía que ejercieron en sus respectivas áreas el marxismo y el liberismo no pudo ser contrastada durante un largo tiempo. Desde este punto de vista, continúa teniendo vigencia lo dicho por Renato Treves: "el socialismo liberal no se concretiza en el programa de un partido, pero continúa siendo una ideología de élite que está fuera de los partidos y que ejerce en el mejor de los casos con respecto a ellos una función de crítica y estímulo"³ En efecto, todavía no ha tomado cuerpo de manera estable y consistente en alguna organización política relevante; aún se mantiene anclado en el nivel teórico. Ello explica, en parte, el motivo por el cual el liberalsocialismo ha tenido menos difusión que otras corrientes. Sin embargo, en su haber cuenta con una respetable tradición digna de ser conocida.

Pues bien, en sus albores encontramos las tesis de Vandewinckel expuestas en la *Revue Républicaine* en 1834.⁴ Este autor criticó al liberalismo que sólo reivindicaba los derechos individuales, insistiendo que también debían considerarse las necesidades sociales. Estimó que la convivencia entre los derechos individuales y los sociales haría que la nación no sólo protegiera las libertades de los sujetos, sino que al mismo tiempo aseguraría la subsistencia de los menos afortunados. Tal vez influido por los no tan lejanos acontecimientos de la Revolución Francesa afirmaba que la convergencia aludida haría palpable el ideal de la *fraternité*. Llama la atención el que en épocas en las que apenas se estaba difundiendo el socialismo utópico y en las que el liberalismo había encontrado un periodo de auge gracias a la “Restauración”, ya se manifestase el interés por integrar las preferencias individuales con los reclamos colectivos.

Ahora bien, es convención aceptada ubicar con más precisión los orígenes del liberalsocialismo en el pensamiento de John Stuart Mill.⁵ El itinerario que siguió la evolución de su filosofía marca el paso de uno de los más acendrados liberalismo, tanto así que su libro *On Liberty* (1859)⁶ es considerado como lectura obligada para entender esa doctrina ante la aceptación de ciertas líneas propias del socialismo, en especial la

que se refiere a la búsqueda de soluciones a la precaria situación de los trabajadores, tal y como se manifiesta en el famoso capítulo VII, “Del futuro de las clases trabajadoras”, incluido en ediciones subsecuentes de los *Principles of Political Economy* (1865).⁷ En ese escrito Mill tuvo el acierto de extender uno de los postulados más importantes del liberalismo, es decir, el antipaternalismo al campo social: “Los pobres han soltado las andaderas y no se les puede ya gobernar o tratar como si fuesen niños. Su destino tiene que depender en lo sucesivo de sus propias cualidades. Las naciones modernas tendrán que aprender la lección de que el bienestar de un pueblo se ha de lograr por medio de la **justicia** y la **libertad** de los ciudadanos”.⁸ A nuestro entender ese antipaternalismo es uno de los prerrequisitos del liberalsocialismo en la medida en que es imprescindible para la mayor expansión de las libertades civiles, ganándole terreno al poder del Estado y a la intemperancia de los particulares, como para el logro de una más amplia justicia social, que no esté sujeta a la magnanimidad del gobernante y el altruismo de los que más tienen. De aquí se desprende que el alejamiento del paternalismo conlleva la madurez y la conquista de la dignidad, ya sea de los ciudadanos, en lo particular, o de la colectividad, en lo general. Esas son, dice Mill, “las virtudes de la independencia”.

Por cierto, confrontando el antipaternalismo reivindicado por Mill con la fraternidad promovida por Vandewinckel, podríamos decir que se complementan, pues la combinación entre el liberalismo y el socialismo supone una relación entre iguales (fraternidad), no entre menores de edad y su tutor (paternalismo).

En cuanto a lo que podríamos llamar la filosofía de la historia del liberalsocialismo, Mill localizaba las bondades del progreso en la creación de condiciones para no tener que depender de los caprichos del paternalismo, pero al mismo tiempo, en la influencia civilizadora de la asociación, vale decir, de la cooperación entre los trabajadores y los empresarios, y entre los mismos trabajadores: “en un futuro menos remoto de lo que se piensa, tal vez encontraremos a través del principio cooperativo el camino para un cambio en la sociedad que combine la libertad y la independencia del individuo, con las ventajas morales, intelectuales y económicas de la producción colectiva”.⁹ En torno a esta misma visión existe un fragmento muy significativo en una carta dirigida a Heinrich Rau fechada el 20 de marzo de 1852: “Me parece que el principal objetivo del mejoramiento social deba consistir en preparar (a los individuos) mediante la cultura para un estado social que combine la más grande libertad personal con la justa distribución de los frutos del trabajo”.¹⁰ Una de las pruebas

más contundentes de su creciente interés por el socialismo es que en sus últimos años de vida trabajó en una obra dedicada a ese tema que, desgraciadamente, quedó inconclusa.¹¹ Pero debe quedar claro que su acercamiento al socialismo jamás implicó su aceptación incondicional. Por el contrario, rechazó los ataques a la competencia provenientes de autores como Owen, Fourier y Saint-Simon -ellos constituyeron su blanco polémico, no Marx-. Por ello encontró su lugar a mitad del camino entre el liberalismo y el socialismo, precisamente en los cimientos del liberalismo socialista.

La trayectoria inversa a la de Mill, no la que se mueve del liberalismo al socialismo, sino la que se desplaza de éste al liberalismo, por lo general se dio en autores que criticaron al marxismo. En la base de este proceso localizamos el revisionismo de Eduard Bernstein, un hombre dotado de una gran autoridad moral dentro del Partido Socialdemócrata Alemán, que en ese entonces continuaba empleando la terminología revolucionaria, aunque en la práctica ya había aceptado la acción parlamentaria y la legislación pública. Bernstein, quien estuvo muy cerca de Engels, tuvo la suficiente sensatez para admitir y hacer explícita esa distancia; trató de romper con el “atavismo político” que no permitía a los miembros de esa organización que fuesen más consecuen-

tes con la línea por la que, en los hechos, habían optado. Es verdad que en su libro *Die voraussetzungen des sozialismus* (1896) el tema fundamental no es el acercamiento al liberalismo: hay tópicos más atendidos, como la búsqueda de las raíces filosóficas de Marx, la interpretación de los problemas económicos, la preocupación por la ruta a seguir por parte de la socialdemocracia, etcétera. No obstante, hace alusiones por demás interesantes acerca de la relación entre el socialismo y el liberalismo. Para Bernstein era inocultable que el liberalismo había favorecido a la burguesía y al capitalismo. Pero se trataba de una exigencia histórica para derribar los obstáculos impuestos por el mundo medieval; mas no estaba dicho que el liberalismo tuviese que detenerse allí: “El hecho de que haya asumido en un primer momento la forma de liberalismo burgués, no obsta para que sea el portavoz de un principio social general mucho más amplio, cuya realización será el socialismo”.¹² Para Bernstein entre el liberalismo y el socialismo no hay ruptura sino continuidad: “por lo que respecta al liberalismo como movimiento histórico universal, el socialismo es el heredero legítimo, no sólo desde el punto de vista cronológico, también desde el punto de vista del contenido social”.¹³ Si el liberalismo conquistó libertades de tipo económico y civil, el socialismo se encargaría de conseguir que el cuadro de las liberta-

des se profundizara y ampliara: “En realidad no existe una idea liberal que no pertenezca también al contenido ideal del socialismo”.¹⁴ Pero Bernstein hacía hincapié en que las libertades, para su realización, exigían responsabilidad y organización. El socialismo que tenía en mente era un sistema abierto donde los sujetos disfrutaran de la libertad económica bajo un compromiso colectivo. Para que esa libertad no cayera en la anarquía (ausencia de compromiso) debía recurrirse a la organización: el socialismo sería un liberalismo organizado. Lo que en todo caso contemplaba con reservas del liberalismo no era tanto su reivindicación del individualismo, que le parecía una aportación para el mundo moderno, sino que se le identificara con el particularismo, con la dispersión que pesa sobre todos, como decía Lassalle, desde la Edad Media. Tal es el peligro del liberismo, al que Bernstein gustaba llamar manchesterismo.

Empero cabe hacer la observación de que Bernstein no fue un socialista liberal; fue un socialdemócrata, que se empeñó en la reforma del marxismo y que en la realización de ese propósito brindó una contribución importante para abrir las puertas a otras versiones del socialismo.

Si éstas son las fuentes originales del liberalsocialismo, tendríamos que decir que existen otras referencias que tam-

bién deben ser tomadas en cuenta. Al respecto, asevera Tranfaglia que ya en tiempos de Marx la expresión liberalsocialismo no era extraña: “En Alemania, al mismo tiempo que Marx redactaba el *Manifiesto del Partido Comunista*, la expresión *Liberaler Socialismus* ya circulaba en el debate político; así también en Francia e Inglaterra aparecían vocablos semejantes”.¹⁵ Para el caso de Alemania cabe recordar dos textos: uno de Opitz *Der deutsche Sozialliberalismus* (1917-1933), otro de Oppenheimer *Systeme der Soziologie* (Das oekonomische System des Liberalen Sozialismus) (1922-1929).¹⁶ En cuanto a Francia debe tomarse en consideración la obra de Renouvier, quien en su libro *La science de la moral* (1869) dijo que la sociedad “rechazaba sea el comunismo sea el individualismo en su acepción ordinaria y abstracta pero, desde el punto de vista práctico, encuentra que una parte de la verdad se localiza en ambas ideas: la sociedad, en efecto, busca su organización en una síntesis entre las dos...En la delimitación de las dos fuerzas se encuentra la armonía social”.¹⁷ En España destacan Fernando de los Ríos, quien publicó *El sentido humanista del socialismo* (1926).¹⁸ En México resalta Jesús Reyes Heróles, quien en 1957 presentó los tres volúmenes de *El liberalismo mexicano* cuyos últimos dos capítulos están dedicados al liberalismo social.¹⁹ Sin embargo, donde encontramos una ma-

yor producción sobre el tema es en las culturas anglo-americana (aunque debe precisarse que en los Estados Unidos no ha habido, propiamente dicho, una tradición socialista) e itálica. En el primer caso sobresalen Bertrand Russell, *Proposed Roads to Freedom*, J. A. Hobson, *From Capitalism to Socialism* y John Dewey *Liberalism and Social Action*;²⁰ en el segundo destacan Francesco Saverio Merlino, *Formes et essence du socialisme*, Eugenio Rignano, *Di un socialismo in accordo con la dottrina economica liberale* y Guido Calogero, *Difesa del liberalsocialismo*.²¹ Para este último: “No se puede ser plenamente liberal sin ser al mismo tiempo socialista, así como no se puede ser completamente socialista sin ser liberal. El liberal puro en realidad es tan sólo un liberal a medias, como el socialista puro es un socialista insuficiente. El liberalsocialismo no constituye una síntesis híbrida, destinada a mostrar tarde o temprano su contradicción mediante la separación, sino, antes bien, es la integración lógica de su antitética unilateralidad”.²²

Ahora bien, las versiones más acabadas y reconocidas del socialismo liberal están en las obras del inglés Leonard Hobhouse, *Liberalism* (1911)²³ y del italiano Carlo Rosselli, *Socialismo liberale* (1930).²⁴ Estas son, propiamente dicho, las dos columnas principales de la tradición liberalsocialista. Por lo que

atañe a Hobhouse, observamos que su idea del liberalismo se mueve más allá de la posición clásica según la cual deben defenderse los derechos individuales mediante sucesivas limitaciones al poder y a las funciones del Estado. Las limitaciones que más bien le preocupan son las que sufre el individuo por una serie de discriminaciones sociales plasmadas en un orden jerárquico que reserva ciertos oficios, oportunidades y derechos para sujetos pertenecientes a determinadas clases. Las personas que pueden disfrutar de los privilegios derivados de sus rangos se complacen, al mismo tiempo, en humillar a los desposeídos. Hobhouse refuta la validez de esas discriminaciones. En tal virtud, afirma que la lucha por la libertad en favor de quienes han sufrido vejaciones debidas a su posición social inevitablemente implica un esfuerzo en bien de la igualdad que diluya aquel orden jerárquico: “la lucha por la libertad, cuando se lleva a fondo, es también una lucha por la igualdad”.²⁵ Por eso el liberalismo, bien entendido, no puede admitir las diferencias de rango ni las desventajas producidas por los distintos puntos de partida. Que tales diferencias existan en la sociedad no quiere decir que deban ser toleradas; antes al contrario, deben corregirse en bien de los hombres y de la nación en su conjunto. Por eso la sociedad no puede dejarse a merced del “orden espontáneo”; sería tanto como admitir la continuación de los abusos.

De allí que sean necesarias algunas medidas de regulación para que realmente se pueda hablar de una libertad al alcance de todos. Asimismo, Hobhouse se lanza contra las membresías que proporcionan prerrogativas de tipo corporativo. Eso contradice el espíritu liberal que combatió el particularismo y los sistemas cerrados propios de la Edad Media, como ya lo había indicado Bernstein. En sustancia, la idea de Hobhouse es la de erradicar el mayor número posible de discriminaciones mediante la búsqueda de la igualdad, dando a entender que la justicia social es el supuesto de la libertad individual.

La exigencia de la libertad para todos y no para unos cuantos es uno de los motivos más constantes del socialismo promovido por Carlo Rosselli: “Es en nombre de la libertad, para asegurar una concreta libertad para todos los hombres, y no sólo para una minoría privilegiada, que los socialistas piden la finalización de los privilegios burgueses y la efectiva ampliación universal de las libertades burguesas; es en nombre de la libertad que piden una más equitativa distribución de los bienes y la seguridad en cualquier circunstancia a todos los sujetos de una vida digna de tal nombre”.²⁶ En consecuencia, los socialistas no pueden admitir el criterio egoísta de la utilidad personal como guía de la convivencia. Por el contrario, para que la libertad cobre sentido debe

ser regulada con base en principios generales. Para hacer frente al capitalismo desenfrenado propone una reforma de las relaciones sociales basada en el principio de justicia. El que desde una perspectiva socialista se planteara el problema de la libertad no era un asunto menor: normalmente ese punto había sido descalificado al adjudicarle una procedencia burguesa. Pero Rosselli, saliéndose de los cánones, lo asumió. No se conformó con la crítica efectuada por los revisionistas que a su entender fueron incapaces de rebasar los linderos del marxismo; ellos lo único que querían era renovarlo, pero lo que él deseaba era superarlo. Por eso fue más allá de las tesis de Bernstein y se ubicó, sin medias tintas, fuera del horizonte visualizado por Marx. A su parecer el marxismo había sufrido una erosión fatal pero no había algo que lo sustituyera: "La vieja fe se ha sacudido, pero la nueva no ha surgido...El monopolio disfrutado por el marxismo durante casi medio siglo desacostumbró a mucha gente a pensar originalmente, con plena independencia de juicio, los problemas del socialismo"²⁷ El desafío de repensar tales problemas se le presentó ante los excesos y desviaciones del régimen soviético. Ese no era el socialismo que quería. Para él el socialismo era, sobre todo, una filosofía de la libertad que en su trayectoria hizo frente a aquel liberalismo excluyente que pregonaba la libertad y los derechos tan sólo para

unos cuantos; pero ahora se encontraba con un socialismo de corte autoritario, que negaba las más elementales de las libertades. Rosselli no admitía la esclavitud: ni la producida por la miseria, ni la generada por el totalitarismo. Doble tarea: combatir al liberalismo manchesteriano y al comunismo stalinista. La doble misión solicitaba el enlace entre el socialismo y el liberalismo: "Lejos de oponerse, como quería una polémica gastada, el liberalismo y el socialismo están ligados por una relación de conexión íntima. El liberalismo constituye la fuerza de inspiración ideal, el socialismo es la fuerza de realización práctica"²⁸

Pero el liberalsocialismo que ubicó en primera instancia sus blancos polémicos en el manchesterismo y en el stalinismo, ante los acontecimientos históricos, tuvo que cambiar prioridades y encarar al fascismo. Era obvio que por sí sólo no podría hacer frente a un fenómeno de tal magnitud: tuvo que formar, junto con otros movimientos, un frente amplio que tratara de evitar la involución política y social. Ese fue el motivo por el cual las incipientes organizaciones inspiradas en el socialismo liberal se reagruparon o terminaron por disolverse al calor de los acontecimientos producidos por la lucha y posterior derrota del régimen de Mussolini. Seguramente Italia es el país en el que el liberalsocialismo tuvo mejores posibi-

lidades de plasmarse en alguna organización concreta. De hecho así sucedió en el caso del Partido de Acción, pero ésta fue una experiencia tan intensa como breve. Su vida fue muy corta, de 1942 a 1947, año en el que tuvo que disolverse al no encontrar aceptación entre los electores.

De hecho las vías para el desarrollo del liberalsocialismo no sólo se cerraron en Italia sino en otras partes, al dividirse el mundo en dos grandes bloques después de la Segunda Guerra Mundial: uno donde se recobró la democracia liberal que en un corto lapso derivó en una democracia social, base del Estado benefactor (*Welfare State*); otro donde se impuso el llamado “socialismo real”, en el que se hizo patente el autoritarismo burocrático. En el primer caso ascendieron al poder, basados en la competencia electoral, los partidos de hechura socialdemócrata; en el segundo fue evidente el dominio de los partidos comunistas, los únicos reconocidos dentro de los países que cayeron en la órbita soviética.

Los socialismos que surgieron en los dos bloques tuvieron muy poco o nada que ver con el liberalsocialismo. Fue más bien el liberalismo, a secas, el que sí tuvo que ver con ellos al retomar el viejo antagonismo; se recuperaron las banderas del libre mercado y de los derechos civiles: “ambos grupos de reivindicaciones están dirigidos polémica-

mente contra las únicas dos formas de socialismo hasta ahora realizadas: el primer grupo (el libre mercado), contra el socialismo democrático, el segundo (los derechos civiles), contra el socialismo de los países dominados por la Unión Soviética”.²⁹ En este conflicto renovado entre el liberalismo y el socialismo durante las primeras décadas tuvo más peso el tema de los derechos civiles negados por el stalinismo; pero luego cobró fuerza el de la libertad de mercado, si no negada (como en el colectivismo de los países del Este) por lo menos obstruida por el intervencionismo del Welfare State en los países occidentales. Siendo rigurosos debemos decir que el conflicto se dio entre fuerzas bastante disparejas: así el modelo socialdemócrata como el sistema soviético parecían imbatibles, mientras que la posición liberal era mantenida por unos cuantos intelectuales, según lo reconoció el propio Friedrich von Hayek, padre de lo que ahora conocemos como neoliberalismo.³⁰ Esta visión no era privativa de Hayek, otros, como David G. Smith, compartían la misma opinión: “Aunque el liberalismo -sostenía este autor en los años sesenta- ha sido importante para la civilización occidental, puede que no continúe siéndolo... Los partidos liberales y la ideología liberal, podría argüirse, han cumplido su función... La conclusión de que el liberalismo como partido *organizado* o como movimiento consciente está ac-

tualmente en decadencia es algo que los hechos evidencian".³¹ Pero en un fenómeno que, a fines de los setenta, combinó la crisis del Estado benefactor con la adopción de las tesis que proclaman el "Estado mínimo" por parte de organizaciones políticas y empresariales, el liberalismo volvió por sus fueros bajo un espíritu ostentosamente agresivo. El repliegue de la línea socialdemócrata y la toma del mando por partidos conservadores fue seguida por el desmantelamiento del Estado benefactor. A juicio de los neoliberales, que rápidamente vieron crecer sus filas, el fracaso de la estrategia keynesiana se debió al desproporcionado crecimiento del aparato gubernamental, al derroche de recursos, al desmesurado endeudamiento público y a que se permitió que las demandas populares aumentasen sin que hubiese una correspondiente capacidad de respuesta. La solución consistió en reducir al mínimo indispensable las instituciones del Estado, sanear las finanzas públicas por medio de cortes drásticos al gasto e incremento de los ingresos, y frenar las expectativas sociales.

Por fin uno de los bastiones del socialismo, aunque fuera el más moderado, había cedido, lo cual era digno de celebrarse; pero cuando al poco tiempo el otro, el más duro, se derrumbó sorpresiva y estrepitosamente la fiesta alcanzó tonos de euforia: el liberalismo había

derrotado a su tradicional enemigo, el socialismo. Lejos quedaban los días de dominio incontrastado de éste y de falta de perspectivas de aquél. Para los neoliberales la lección era clara: el desarrollo político y social debe realizarse sin el concurso del socialismo y sus valores, en cualquiera de sus modalidades. Simple y sencillamente no puede combinarse con la libertad económica y los derechos sociales porque tarde o temprano termina carcomiéndolos. Empero, la lección no es tan clara, desde el momento en que, como decíamos, los problemas que dieron origen al socialismo, es decir, la injusticia, la desigualdad en las oportunidades, los desequilibrios económicos y sociales, la arrogancia de los poderosos, no sólo se mantienen, sino que en muchos casos se han profundizado. Si el "socialismo real" evidenció excesos y carencias en detrimento de la dignidad humana, el neoliberalismo, al que podríamos denominar "liberalismo real", también ha mostrado abusos y omisiones contra esa dignidad. Es cierto que estos abusos y omisiones son de otra naturaleza, pero de cualquier forma indican que esa no es la vía adecuada para solucionar las dificultades que plantean las sociedades modernas.

Lo ocurrido en los últimos años puede ser interpretado de muy diferentes maneras, pero la verdad es que los extremos han mostrado sus inconvenientes.

Luego entonces, parece abrirse otra oportunidad para el liberalsocialismo. Sobre el particular Perry Anderson ha escrito: “tras un importante intermedio estamos presenciando una nueva y significativa gama de intentos por sintetizar la tradición liberal y la tradición socialista”.³² En esta significativa gama incluye las obras de autores anglosajones como de C.B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy* (1977), John Rawls, *A Theory of Justice* (1971), Robert Dahl *A Preface to Economic Democracy* (1985), David Held, *Models of Democracy* (1987), John Dunn *Politics of Socialism* (1984), Joshua Cohen y Joel Roger, *On Democracy* (1983), Samuel Bowles y Herbert Gintis, *Capitalism and Democracy* (1986).³³ Es verdad que todos estos escritos son anteriores a la caída del Muro de Berlín y algunos de ellos incluso antes de que el neoliberalismo sentara sus reales; mas, con todo y eso, son síntomas de lo que estaba pasando frente a la anunciada oleada restauradora, el declive del socialismo soviético y el agotamiento del ciclo socialdemócrata. Por eso las cita Anderson: como intentos por encontrar alguna opción diferente de las que mostraba el panorama ¿Qué otra mejor, sino la confluencia entre el liberalismo y el socialismo? La Revolución de terciopelo escenificada en 1989 y los estropicios sociales producidos por el liberalismo de nuevo cuño hicieron más patente la conve-

niencia de trabajar en favor de esa alternativa.

Anderson llamó la atención sobre esta gama de intentos en un ensayo intitulado “The Affinities of Norberto Bobbio” publicado en la *New Left Review*. Dos de las mayores virtudes de este trabajo consisten en haberle imprimido nuevos bríos al debate sobre el tópico, y en poner frente a frente las tradiciones anglo-americana e italiana en la materia. Esta última virtud es más significativa en cuanto Anderson no se inscribe ni en el liberalismo ni el socialismo reformista, sino que es catalogado entre los más conspicuos escritores marxistas. Podría esperarse, entonces, que en un trabajo de esta naturaleza y dado el perfil del autor se emprendieran duras críticas contra uno y otro, pero si bien Anderson en no pocos tramos del ensayo deja ver sus afinidades electivas, es lo suficientemente lúcido como para mostrar lo que ha sido el liberalsocialismo en esas dos culturas que, como quedó dicho, son en las que más se ha estudiado del tema.

Hay, como el propio título lo indica, otro eje en el ensayo: la trayectoria política y filosófica de Norberto Bobbio, de quien dice: “Cualquier reflexión sobre las relaciones entre liberalismo y socialismo debe tomar en cuenta de una manera central su obra”.³⁴ Para Anderson el académico turinés se hizo al mismo tiempo liberal y socialista por un

único impulso contra el fascismo. En efecto, Bobbio intervino en la fundación del Partido de Acción, y también participó en su dolorosa disolución;³⁵ mas no dejó de trabajar intelectualmente para tender lazos entre el liberalismo y el socialismo a pesar de que las circunstancias ya no fueron propicias. A juicio de Anderson, sin embargo, el esfuerzo por tender puentes entre esas doctrinas ha sido obstaculizado por la supuesta presencia conservadora en la formación de Bobbio: “Desde un principio, su formación teórica incluía no sólo un filón socialista y un filón liberal, sino también un filón conservador...En los textos de Bobbio, el socialismo liberal se revela como un compuesto inestable: los dos elementos -liberalismo y socialismo-, tras atraerse en apariencia, terminan por apartarse y, en el mismo proceso químico, el liberalismo se mueve hacia el conservadurismo”.³⁶ El calificativo de conservador le fue atribuido por el realismo político que en muchos de los escritos bobbianos sin duda está presente.

Es oportuno indicar que a raíz de este trabajo se dio un intercambio epistolar entre Anderson y Bobbio. En la primera carta del 3 de noviembre de 1988, Bobbio cuestionó la identificación efectuada por Anderson entre conservadurismo y realismo en los siguientes términos: “Uno de los puntos más interesantes (e ilustrativos también para mí) de su aná-

lisis es el que se refiere a la relevancia dada a mi ‘realismo’ que chocaría, hasta hacer incoherente el conjunto de mi pensamiento, con las ideas liberales y socialistas. Pero para usted ‘realismo’ es sinónimo de ‘conservadurismo’. He tenido oportunidad de decir en repetidas ocasiones que Marx tuvo el gran mérito de ser al mismo tiempo un revolucionario y un realista, tanto así que es llamado el Maquiavelo del proletariado. Y Lenin ¿no era realista?, ¿y Trotsky?”.³⁷ En relación con este cuestionamiento, en su misiva del 12 de diciembre de 1988 Anderson escribió: “En su respuesta, usted observa ante todo que me limito a identificar la tradición realista con el conservadurismo... considero, en este caso, merecer de alguna manera su crítica. De otra parte, también es verdad que de mis repetidos elogios (pp. 28, 31) en referencia a su ‘realismo histórico’, los lectores habrían debido derivar la impresión de que no nutro alguna hostilidad de principio en relación a la perspectiva realista en cuanto tal. Por lo demás, ¿cómo podría? Sobre todo en vista de que, como usted recuerda nuevamente y con razón, Marx, Lenin y Trotsky deben ser enlistados entre los pensadores realistas de primer nivel”.³⁸ La divergencia sobre el conservadurismo quedaba aclarada, pero el debate sobre el liberalsocialismo, que era el asunto más importante, se mantenía en pie. Anderson había concluido su ensayo de la *New Left Review* de la siguiente

manera: “A pesar de toda la buena voluntad y el talento invertidos en ella, la síntesis del liberalismo y socialismo no ha llegado a prender hasta ahora. Esto no significa que así tenga que ser siempre. Las energías renovadas que esa concepción atrae actualmente -ya que ¿quién podría desear un socialismo liberal?- tal vez apunten en la otra dirección. Es demasiado pronto para decirlo. Pero cierta noción de la historia de esa empresa probablemente será una condición para reemprenderla con éxito”.³⁹ En la carta de Bobbio del 3 de noviembre hay un fragmento ligado con esta última afirmación: “Estoy convencido de que es necesario tener el coraje de redefinir el socialismo, porque permaneciendo en su definición histórica -la eliminación de la propiedad privada y la sustitución de la propiedad privada por la propiedad colectiva-, una reforma integralmente socialista no sólo aparece como democráticamente impracticable sino también, considerando realmente los resultados en los países en los que el socialismo ha sido realizado, indeseable. Pero tampoco deseo ir más allá. Sería presuntuoso: ‘*It is too soon to say*’. Así y todo, entre usted y yo hay una diferencia: si para usted es demasiado pronto, para mí es ¡demasiado tarde!”.⁴⁰ En la respuesta de Anderson del 12 de diciembre las dudas sobre el liberalsocialismo aparecen mu-

cho más atenuadas: “En realidad, en referencia al ideal del liberalsocialismo nutro más simpatías de las que usted se imagina. El hecho de que hasta ahora no se haya demostrado políticamente realizable en Occidente, no significa, como subrayé en la conclusión, su condena definitiva”.⁴¹ Este último reconocimiento es digno de subrayarse sobre todo porque, como dijimos, se trata de uno de los más destacados escritores marxistas de nuestro tiempo. A todas luces es verdad que después de las manifestaciones opuestas al liberalismo mostradas por el socialismo soviético y, en parte, por la socialdemocracia, ahora nadie podría desear un socialismo no liberal. De allí, precisamente, la pertinencia de superar tales defectos por conducto del socialismo liberal. Pero, si su pertinencia histórica está a la vista, su elaboración teórica aún tiene camino por recorrer. Sus ilustres antecedentes doctrinarios sin duda son valiosos; pero hay que fundamentar todavía más su vinculación porque, a querer o no, corresponden a concepciones diferentes y si no hay argumentos vigorosos que las integre, cierto, se corre el riesgo de producir “un compuesto químico inestable”.

En abono de esta necesaria consolidación doctrinaria vale la pena recordar lo dicho por Norberto Bobbio -que inme-

diatamente evoca las ideas de Leonard Hobbouse- en el sentido de que el vínculo entre el liberalismo y el socialismo depende en buena medida de la forma en que logre fundamentarse la relación entre la libertad y la igualdad. Para Bobbio la base de la relación descansa en la igualdad porque es a partir de ella que la libertad se hace factible. Para el liberalismo el Estado debe garantizar “a cada individuo no sólo la libertad sino la *igual* libertad, o sea, ha dejado entender que no pueda ser considerado justo un sistema en el que los individuos sean libres, pero no *igualmente* libres (aunque por igualdad siempre entendió solamente la igualdad formal o, al extremo, la igualdad de oportunidades)”.⁴² Por tanto, el debilitamiento de la libertad está en relación directa con el incremento de ; en cuanto avanza la igualdad más hombres están en posibilidades de acceder a la libertad: “Mientras carecería de sentido decir que sin libertad no hay igualdad, es perfectamente legítimo decir que sin igualdad (respecto al poder recíproco) no hay libertad”.⁴³ La libertad, asumida a plenitud, supone la eliminación de las desigualdades.

No obstante aquí tendríamos que hablar en plural, es decir, de la existencia de libertades y de igualdades, porque entre las primeras hay algunas -en especial la libertad de mercado- que de suyo, sin que se les someta a control, son genera-

doras de desigualdades; entre las segundas hay algunas -particularmente el colectivismo- que por sí mismas, sin algún tipo de mediación, terminan atropellando las libertades. Luego entonces, no todas las libertades ni todas las igualdades son compatibles. Entre ellas hay tensiones potencialmente conflictivas que al desencadenarse harían fracasar el intento de conjunción. Pero hay otro rango de libertades e igualdades traducibles en derechos, defendidas respectivamente por el liberalismo y por el socialismo, que son complementarias, como ya lo anunciaban los precursores y los promotores del liberalsocialismo. Se trata de los derechos individuales y de los derechos sociales. Sobre el particular, Michelangelo Bovero observa: “Ciertamente el individualismo propietario de la teoría liberista del mercado ‘no puede estar’ junto con el solidarismo de la teoría comunista de la sociedad; pero (quizá) una teoría liberal de los derechos civiles si ‘pueda estar’ junto con una teoría socialista de la justicia distributiva y de los derechos sociales”.⁴⁴ Si este acoplamiento entre derechos de origen liberal y derechos de naturaleza socialista es posible, entonces es factible la confluencia. Como si se dijera que la síntesis puede ser intentada en el terreno común de la teoría de la ciudadanía, que no es una noción cerrada ni circunscrita temporal, sino abierta y receptiva a nuevas propuestas. Esta pers-

pectiva está en consonancia con la filosofía política de la ciudadanía desarrollada por Salvatore Veca, quien ha insistido en la conveniencia de reinterpretar esa noción a la luz de la continuidad entre los ideales de emancipación del liberalismo y del socialismo: “en el primer caso, la cuestión toca nuestros derechos morales negativos, las ‘puertas abiertas’, las opciones frente a las cuales tenemos el derecho de optar, independientemente de cualquier información moral que concierna a nuestras capacidades de caminar y superar esas puertas. En el segundo caso, la cuestión no es propiamente la libertad, sino el *valor* equitativo que ella tiene, más o menos, para nosotros. Y ello no puede ser independiente de una información moral plural, referente a nuestras capacidades, a nuestro vector de funcionamiento como personas. El ideal de la emancipación socialista está vinculado **necesariamente** a la importancia moral y política de las desigualdades en las dotaciones naturales y sociales que están en tensión o en contradicción con nuestros derechos de igual ciudadanía”.⁴⁵ Los derechos civiles protegen las libertades individuales; los derechos sociales promueven el bienestar y la seguridad económica. La ciudadanía es un *status* que se confiere a los miembros de una comunidad. Quienes alcanzan esa dignidad tienen los mismos derechos y obligaciones. Ese *status* no puede ser simplemente declarativo:

debe incidir normativamente en la propias estructuras económica, social e institucional, rectificando las desigualdades que contradicen los derechos civiles y sociales.

Estamos de acuerdo en que el vínculo entre los derechos civiles y sociales, que se cristaliza en el concepto ampliado de ciudadanía, constituye el punto fuerte del liberalsocialismo. Pero este punto aislado, sin un soporte económico e institucional, es insuficiente para una visión que se quiere completa del liberalsocialismo. Luego entonces: ¿cuál es el sistema económico que propone?, ¿cuál es el mejor orden institucional para su realización? Estas son incógnitas que deberán irse despejando con la contribución de quienes estén interesados en la viabilidad del proyecto liberalsocialista. Con las debidas reservas ante un problema de tal envergadura, aquí podríamos responder en vía aproximativa que el sistema económico obviamente no puede admitir ni el libre mercado ni el colectivismo en su estado puro. Más bien tendría que consistir en una mixtura regulada, en una especie de conjunción armónica entre la libre empresa y la cooperación social. Aunque esta propuesta resulta hasta cierto punto lógica habría que poner mucha atención en ella porque no todas las mixturas se logran. Por ejemplo, no está cerca del objetivo el que por un lado se apliquen políticas de corte

neoliberal y al mismo tiempo se lleven a cabo estrategias de caridad social sin que haya una complementación entre ambos polos, sino más bien una evidente contradicción entre ellos. La cuestión es que pueda haber una buena penetración entre la competencia y la cooperación para que se pueda dar un equilibrio y ventajas complementarias para cada cual.

Por lo que hace a la parte institucional vale recordar que el liberalismo se realizó al amparo de las monarquías constitucionales o de las repúblicas donde los derechos de la ciudadanía estaban fuertemente restringidos, mientras que el socialismo “real” se practicó bajo la sombra de la autocracia burocrática. Está claro que formas de gobiernos como estas no son compatibles con el liberal-socialismo. Tomando en cuenta que el núcleo fuerte del liberalsocialismo radica en los derechos de ciudadanía es evidente que el régimen más adecuado para él es la república democrática basada en un sistema jurídico estable que vele, entre otras cosas, por los derechos no solamente civiles o sociales sino también políticos, entendidos estos últimos como la atribución que permite participar en la formación de las decisiones colectivas. Tales derechos hacen posible la práctica de la democracia y constituyen la pieza que faltaba para redondear la propuesta final: “Como si se dijera: la democracia ‘no puede estar’

sin el liberalsocialismo. Lo contrario de *oxímoro* (contradicción): una especie de *sizeusis* (síntesis) triádica o triangular”.⁴⁶

Así es: los principios del liberalsocialismo son indispensables para hablar de una democracia completa, no sólo formal sino al mismo tiempo sustancial, por lo que es preciso consolidar esa síntesis triádica (campo teórico) y estipular un compromiso (esfera práctica), un nuevo contrato social cuyas primeras cláusulas incluyan los tres principios básicos de la dignidad de los modernos, es decir, la libertad individual, la justicia social y la igualdad política.

Notas

¹ C. Marx, F. Engels, “Manifiesto del partido comunista” en Id. *Obras Escogidas*, p. 45.

² A. de Tocqueville, “Discours sur la révolution sociale”; traducción al italiano Id. *Scritti politici*, Turín, Utet, vol. I, p. 289.

³ Renato Treves, *Sociologia e socialismo. Ricordi e incontri*, Angeli, Milán, 1990, p. 213.

⁴ Luc Ferry y Alain Renaut, *Filosofía Política* (De los derechos del hombre a la idea republicana), Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 127.

⁵ Nicola Trafaglia, “Liberalsocialismo” en Norberto Bobbio, Nicola Mateucci, Gianfranco Pasquino, *Dizionario di politica*, Utet, Turín, 1992, pp. 583-584. Traducción al español, Id. *Diccionario de política*, Siglo XXI, México, 1985, p. 936: “Fue probablemente el filósofo inglés John

Stuart Mill (1806-1873) el primero entre los teóricos liberales en destacar, en el ámbito de la concepción liberal del Estado, algunas instancias propuestas por el socialismo premarxista europeo: en particular la exigencia de una equitativa división de la producción entre todos los miembros de la sociedad, de la eliminación de los privilegios de nacimiento, de la gradual sustitución de un espíritu comunitario en lugar del egoísmo del individuo que trabaja y acumula únicamente para su provecho". Perry Anderson, "The Affinities of Norberto Bobbio", *New Left Review*, no. 170, julio-agosto, 1988, pp. 3-4, Traducción al italiano Id. "Norberto Bobbio e il socialismo liberale", en Giancarlo Bosetti (et. al.) *Socialismo liberale*, L'Unità, Trento, 1989, pp. 11-12. Traducción al español Id. "Liberalismo y socialismo en Norberto Bobbio", *Cuadernos políticos*, no. 56, enero-abril 1989, pp. 37-38: "Hace mucho que el liberalismo y el socialismo se entienden convencionalmente como tradiciones intelectuales y políticas antagónicas... Sin embargo, al inicio mismo de esta contienda histórica, se produjo en su desarrollo un extraño cortocircuito representado por la trayectoria del propio Mill (quien) se dedicó a estudiar con mente abierta las doctrinas sobre la propiedad comunal, y pronto... dictaminó que la concepción de los socialistas en su conjunto era 'uno de los elementos más valiosos para el mejoramiento humano que existen en la actualidad'. Rara vez se ha invertido un juicio político fundamental tan rápido y radicalmente. A partir de entonces, Mill se consideró a sí mismo liberal y socialista". Nadia Urbinatti, *Le civili libertà*, Marsilio, Florencia, 1990, pp. 66-108; L. Pelligani, "Il liberalismo socialista de J. S. Mill" en *Modoperaio*, diciembre, 1990, pp. 83-88; María Teresa Pichetto, "John Stuart Mill" en Gianmarco Bravo, Silvia Rota Ghibaudi (et. al.), *Il pensiero politico contemporaneo*, Franco Angeli, Milán, 1985, pp. 592-602.

⁶ John Stuart Mill, *On Liberty*, Penguin Books, Nueva York, 1985. Traducción al español Id. *Sobre la Libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

⁷ Año en que al parecer se incluyó ese capítulo en la obra cuya primera edición data de 1848. John Stuart Mill, *Autobiografía*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1945, pp. 146-166.

⁸ John Stuart Mill, *Principios de economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, p. 648. El subrayado es mío.

⁹ *Ibidem.*, p. 676.

¹⁰ John Stuart Mill, "The Later Letters" en *Collected Works*, a cargo de J.M. Robson (et al.), University of Toronto Press, 1963-89, vol. XIV, p. 87. Citada por Nadia Urbinatti, *Op. cit.*, p. 97 nota 121.

¹¹ El ensayo, tal como quedó, fue publicado seis años después de la muerte de Mill (1873) por la hija de Harriet Taylor -pareja de Mill-, Helen.

¹² Eduard Bernstein, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, p.225.

¹³ *Ibidem.*, p. 223.

¹⁴ *Ibidem.*, pp. 225-226.

¹⁵ Nicola Tranfaglia, "Liberalismo", *Op. cit.*, p. 583. Trad. esp. p. 936.

¹⁶ Norberto Bobbio, ponencia inaugural del Congreso "Liberalismo: oxímoro o síntesis" celebrado en Alguero, Cerdeña, abril de 1991. Inédita, pp. 2-3.

¹⁷ *Ibidem.*, p.11. Para el estudio de Renouvier, Bobbio se apoya en los libros de G. Cavallari, *Charles Renouvier filosofo della liberaldemocrazia*, Jovene, Nápoles, 1979 y de V. Collins, *Plurale filosofico e radicalismo. Saggio sullo pensiero di Ch. Renouvier*, Club, Bolonia, 1986.

¹⁸ Fernando de los Ríos y Urruti, *El sentido humanista del socialismo*, Morata, Madrid 1926.

¹⁹ Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974. Entre los más destacados políticos e intelectuales del siglo XIX que Reyes Heróles ubica en el liberalismo social se encuentran Ponciano Arriaga e Ignacio Ramírez.

- ²⁰ B. Russell, *Proposed Roads to Freedom*, Londres, 1975; J.A. Hobson, *From Capitalism to Socialism*, Londres 1932; J. Dewey, "Liberalism and Social Action", Id. *The Later Works*, 1925-1953, vol. XI, Illinois, Carobandale-Edwardsville, 1987. Citados por P. Anderson, *Op. cit.*, pp. 4-6; trad. it. pp. 13-15; trad. esp. pp. 38-39.
- ²¹ Tomo la cita de los dos primeros libros de la ponencia inaugural de Bobbio, *Op. cit.*, pp. 14-15. Por lo que respecta al tercero cfr. Guido Calogero, *Difesa del liberalismo ed altri saggi*, Marzorati, Milán, 1972.
- ²² *Ibidem.*, p. 70.
- ²³ L. T. Hobhouse, *Liberalism*, Thornton Butterworth, Londres, 1934.
- ²⁴ Carlo Rosselli, *Socialismo liberale e altri scritti* (a cargo de John Rosselli), Einaudi, Turín, 1973. Traducciones al español *Socialismo liberal*, (Prólogo de Gaetano Salvemini), Editores Mexicanos Reunidos, México, 1977; *Socialismo liberal* (Introducción de Norberto Bobbio), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1992.
- ²⁵ L. T. Hobhouse, *Op. cit.*, p. 32.
- ²⁶ Carlo Rosselli, *Socialismo Liberale*, *Op. cit.*, p. 437.
- ²⁷ *Ibidem.*, p. 433.
- ²⁸ *Ibidem.*, p. 437.
- ²⁹ Norberto Bobbio, *Il futuro della democrazia*, Einaudi, Turín, 1984, p. 111. Traducción al español *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 91.
- ³⁰ Friedrich A. von Hayek, "Liberalismo" en *Enciclopedia del novecento*, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 1977. Tratándose de un escrito incluido en una enciclopedia seguramente fue realizado varios años antes: no debe pasar de los primeros años setenta. En cualquier caso es por demás significativa la siguiente frase: "Actualmente los defensores de las posiciones liberales clásicas son de nuevo un grupo muy reducido compuesto principalmente por economistas", p. 98. El subrayado es nuestro.
- ³¹ David G. Smith, "Liberalismo" en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, vol. VI, 1975, p. La edición original en inglés es de 1968, p. 584.
- ³² Perry Anderson, *Op. cit.*, p. 6. Trad. it. p. 15. Trad. esp. p. 39.
- ³³ *Ibidem.*
- ³⁴ *Ibidem.*, p. 7. Trad. it. p. 16. Trad. esp. p. 40. Cabe señalar que Anderson había elaborado únicamente un texto que fue presentado en dos conferencias que dictó en Madrid y Buenos Aires. Esa primera versión fue publicada bajo el título "Norberto Bobbio y la democracia moderna" en *Nexos*, no. 122, febrero de 1988, pp. 49-56. Es digno de resaltar el que este ensayo preliminar de Anderson haya sido comentado por José Guilherme Merquior "En defensa de Bobbio" en *Nexos*, no. 130, octubre de 1988, pp. 31-44. La relación entre el liberalismo y el socialismo ha sido abordada por Bobbio en varios de sus escritos, pero aquellos en los cuales la ha tocado directamente son los que a continuación se enlistan: "Introduzione" a C. Rosselli, *Socialismo liberale*, *Op. cit.*, pp. VII-XLII; "Mediazione e integrazione liberal-socilista" en AA. VV. *Socialismo liberale e liberalismo sociale. Esperienze e prospettive in Europa*, Forni, Bolonia, 1981, pp. 24-26; "Formula di elite" en *Critica liberale*, XIV, noviembre 1982, pp. 92-94; "Socialismo e liberalismo" en *Quaderni Circolo Rosselli*, 1986, pp. 111-118; "Il liberalismo dalla lotta antifacista alla Resistenza" en *Il Ponte*, XLII, no. 1 enero-febrero, 1986, pp. 143-148; "Socialismo liberale", en *Il Ponte*, XLV, no. 5, septiembre-octubre, 1989, pp. 158-167.
- ³⁵ Sobre la participación de Bobbio en el Partido de Acción cfr. Enrico Lanfranchi, *Un filósofo militante* (Política e cultura nel pensiero di Norberto Bobbio), Bollati Boringhieri, Turín, 1989, pp. 25 y ss.
- ³⁶ Perry Anderson, *Op. cit.*, p. 35. Trad. it. p. 59. Trad. esp. p. 62.
- ³⁷ Norberto Bobbio, Perry Anderson, "Un carteggio" en *Teoría política*, no. 2-3, 1989, p. 294.

Traducción al español "Epistolario polémico", en *Nexos*, no. 154, octubre de 1990, p. 65.

³⁸ *Ibidem.*, p.297. Trad. esp. pp. 67-68.

³⁹ Perry Anderson, *Op. cit.*, p. 36. Trad. it., p. 59-60. Trad. esp. p. 63.

⁴⁰ Norberto Bobbio, Perry Anderson, *Op. cit.*, p. 296. Trad. esp. p. 67.

⁴¹ *Ibidem.*, p. 299. Trad. esp. p. 69.

⁴² Norberto Bobbio, *Le ideologie e il potere in crisi*, Le Monnier, Florencia, 1981, p. 29.

⁴³ *Ibidem.*

⁴⁴ Michelangelo Bovero, "Liberalismo, socialismo, democrazia" (Definizione minime e relazione possibili). Ponencia presentada en el congreso "Liberalismo: oxímoro o síntesis", Alguero, Cerdeña, abril de 1991, p. 16; traducción al español: "Liberalismo, socialismo, democracia" en Suplemento *Política de El Nacional*, no. 119, 15 de agosto de 1991, p. 15.

⁴⁵ Salvatore Veca, *Cittadinanza*, Feltrinelli, Milán, 1990, p. 31.

⁴⁶ Michelangelo Bovero, *Op. cit.*, p. 18. Trad. esp. p.15.